



SENTIMIENTO Y ARTE EN LA SEMANA SANTA DE PUENTE GENIL

Hermanas y hermanos, amantes todos de la Semana Santa de Puente Genil, Sr. Arcipreste de la Villa, Autoridades, Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas y demás directivos de la misma, cofradías, hermandades y corporaciones aquí presentes, amigos de mi pueblo:

Sea mi agradecimiento, en primer lugar, para don José Segundo Jiménez Rodríguez. Sus palabras revelan ciertamente la antigua y gran amistad que nos une y es obvio que tales palabras han sido dichas por alguien que me ve con muy buenos ojos. Gracias por esas palabras, pero, sobre todo, gracias por ayudarme a ser lo que soy. Te debo muchas cosas, desde las primeras letras hasta algo de mi vocación como historiador del Arte. He querido manifestar este reconocimiento eligiéndote como mi presentador, para que así te unas a mí en este acontecimiento, el más importante de mi vida como pontanés y semanero.

También quiero expresar mi agradecimiento a la familia Luque, particularmente a Ángeles y Sole, cuya bondad y generosidad, conocidas de sobra por todos, han hecho posible que la imagen de la Virgen de la Soledad esté aquí presente con este precioso cuadro, una de las más antiguas pinturas que se conocen de esta Virgen. Incluso, en un principio, pensé que este pregón se celebrará en la iglesia del Dulce Nombre, delante de Ella. Pero un poder misterioso ha hecho que se modifiquen esos planes originales y que el escenario sea esta hermosa iglesia. Yo tengo mis sospechas al respecto. Y creo que es alguien que esté en el Cielo, que está en el Cielo por la mucha devoción que durante toda su vida tuvo al Señor de la Humildad. Parece que ha querido que este pregón, mi pregón, se celebre delante de su mayor Amor.

Allá por la Navidad de 1995, el entonces recién estrenado Presidente de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas, don José Aires Rey, me propuso que fuera el Pregonero de la Semana Santa de este año de 1998, sin duda en virtud de la gran amistad que me profesa y que tanto me honra. Por supuesto que, como hijo de Puente Genil y como amante de su Semana Santa, al igual que cualquier otro hijo de Puente Genil y amante de su Semana Santa, tengo derecho a ser Pregonero de la misma, a manifestar mis sentimientos y vivencias. Pero creo que el Sr. Aires, cegado por tanta amistad y no menos cariño, cometió un terrible error al designarme a mí como Pregonero. No es esto ingratitud sino todo lo contrario y no hay palabras para manifestar mi agradecimiento por tal elección, que valoro como se merece. Pero la verdad es que no soy el típico semanero, que vive en intensidad el día a día, el momento a momento de toda la Semana Santa, incluido el posterior Día de la Cruz. No soy hombre de cuarteles, donde más profundamente se vive el espíritu y la hermandad de la Semana Santa. Sólo tangencialmente, como de refilón, participo de nuestra Semana Santa y todos comprenderán que ello es así por mi forzosa residencia en otro lugar, en Murcia. Por tanto, no puedo aportar la intensa vivencia del que tiene la suerte de residir todo el año en Puente Genil, respirando plenamente, a todo pulmón, el ambiente semanero de los días grandes y de los muchos que los preceden en preparación durante la Cuaresma y de los que los continúan hasta el Día de la Cruz.

Así pues, me veo en desventaja. Pero, a pesar de este condicionamiento, no quise negarme a la solicitud del Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas, ya que siempre hay que decir que sí a su pueblo, al lugar donde uno nació, al lugar donde uno tiene sus raíces, que en mi caso son verdaderamente profundas. De lo contrario, hubiera sido algo así como una traición, como una cobardía; algo así como una negación o desprecio hacia mi pueblo. Y eso nunca, pues hubiera sido sencillamente como negarme a mí mismo, a todo lo que le debo a Puente Genil, incluida mi esposa, o sea mi felicidad.

Por esta única y poderosa razón, estoy aquí en este día para hablaros, pero no como el historiador del Arte que soy, no en calidad de tal, aunque otras veces así lo he hecho para mi pueblo. Hoy hablaré como un semanero más, para manifestar mis vivencias particulares, para manifestar sobre todo la importancia que para mí tiene la Semana Santa, aun sabiendo que no soy la persona más adecuada para glosar la grandeza, la profundidad y la riqueza de la misma. Sólo voy a poder dar unas pocas cosas, aunque ese poco tiene el valor de la verdad y de ser un sentimiento auténtico. Os voy a abrir mi alma de par en par para mostraros lo más íntimo de mis sentimientos, de mis ilusiones y de mis sueños.

Consciente de mis limitaciones, de mi inferioridad en este terreno, no me queda más remedio que pedir ayuda y acudo a quien siempre lo hago: a mi madre, la patrona de mi casa, María Santísima de la Soledad.

Ella es todo para mí. A través de Ella descubro mis orígenes y raíces, de dónde vengo, cuánto debo a mi familia, que me dio por principal herencia a Ella misma, guiándome hacia Ella desde que era un niño. Y, ciertamente, uno de los primeros recuerdos que tengo de mi vida, uno que aún hoy veo con bastante claridad, es estar en la iglesia del Dulce Nombre, sentado en las faldas de mi madre, durante los cultos de la Virgen, oyendo los preciosos cantos de la escolanía.

Durante toda mi vida he estado intensamente ligado a Ella. Por eso, hoy, un día tan importante en mi vida como pontanés, también quiero que Ella esté junto a mí, en realidad que sea pregonera conmigo. Mejor dicho, yo pregonero con Ella. Y de esta manera se entiende que el acto se celebre presidido por la Virgen de la Soledad.

Dame algo de tu elocuencia, Virgen de la Soledad, aunque sea poca cosa, para poder llevar a buen fin este pregón. Dame algo de esa elocuencia tuya que logró cambiar el mundo, pues con pocas palabras, con tan sólo “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”, se hizo carne el Sublime, el Hijo de Dios Vivo, el Redentor. Guíame a lo largo de este pregón y dame algunas palabras tuyas.

Cuánto sabes Tú, Virgen de la Soledad, de mi vida; cuántas veces me has visto acercarme a tu iglesia; cuántas cosas te he dicho a solas, casi al oído, contándote esto o aquello, pidiéndote siempre que Tú seas la luz de mi vida, que tu cara bonita siempre esté presente en mi alma. Nadie como Tú conoce mis virtudes y mis defectos y también mis sueños y mis anhelos. Por eso, Tú sabes que la Semana Santa, y la Semana Santa tal como se vive y se siente en Puente Genil, es para mí más que importante y fundamental. En realidad, Tú sabes que la vida me va en ella, entre otras cosas porque Tú me das la esencia de la Semana Santa. Para mí, la vida no tendría todo su sentido sin ella, no merecería la pena vivirla sin ella. Por eso, no me explico o no entiendo cómo hay gente que vive sin tener su Semana

Santa. Virgen de la Soledad, qué difícil me resultaría vivir sin estar presente en tu función del Domingo de Ramos o en tu procesión del Viernes Santo. Si algún año, por alguna razón grave o por cualquier clase de imposibilidad, no pudiera asistir a una u otra, ¿que haría yo?, ¿como compensaría ese vacío?.

Sabes que no exagero en lo que he dicho y que mi vida se organiza a lo largo del año teniendo como referencia, como meta, la Semana Santa. Vivo todo el año para que lleguen estos días, para hacer presentes vivencias, para actualizar recuerdos, para intensificar mi vida y hacerla más mía. En esto, sin duda, no me distingo de los demás hijos de Puente Genil. Pero por azar de la fortuna tengo que vivir todos esos anhelos, todas esas ilusiones, desde fuera de Puente Genil, esperando que lleguen los días grandes para poder venir y así encontrarme con lo que es mas auténticamente mío.

Vivir la Semana Santa, o mejor dicho los meses que la preceden, desde lejos es otra manera de sentirla, quizá menos intensa y participativa, aunque ello no le quita ilusión, pues hace por el contrario que sea más deseada, que sea, incluso, magnificada.

Mi vida durante casi todo el año transcurre en Murcia, en su Universidad, a muchos kilómetros de aquí, aunque Tú sabes Virgen de la Soledad que de alguna manera se acorta esa distancia y que Puente Genil se hace presente constantemente en mi vida murciana. Por otro lado, mi pensamiento se traslada con facilidad hasta aquí. Cuantas veces al día me viene a la cabeza mi Puente Genil, sus cosas y sus gentes. Y Tú y tu iglesia. Sabes con cuanta frecuencia mi imaginación me hace ver que estoy en tu bendita iglesia, en tal o cual lugar de ella.

Y estas ilusiones y vivencias se acrecientan pasadas las Navidades, en esos meses previos a la Semana Santa. Entonces parece que estoy más presente en Puente Genil, que mi vida tiene otro sentido, que todo se organiza en función de los días grandes que nos vienen. Cuántos anhelos surgen entonces, cuánta necesidad de recordar, cuántas ganas de vivir, de soñar, de ser pontanés simplemente.

Llegando el jueves Lardero y el posterior Miércoles de Ceniza el ritmo se intensifica, se hace más maravilloso ese tiempo, sabiendo que la espera ya no es tan larga, saboreando uno y otro recuerdo, como aquellos tiempos de mi infancia y juventud cuando la Judea se reunía en su cuartel de la calle Campanas, al lado de la casa de mis padres, para tirar los cohetes del Jueves Lardero, entonces la única corporación que lo hacía.

En los días siguientes, el recuerdo se va hacia la Virgen de la Amargura y sus cultos, a su comida del primer domingo de Cuaresma, cuando asistía a ella acompañando a mi amigo de juventud Francisco Luque Cabello, bondadoso pontanés hoy tan lejos de nosotros, en tierras de Chile. Y después de la Amargura, en las semanas siguientes, el pensamiento se dirige a las Angustias, al Santo Sepulcro, a sus cultos, que tan de cerca sentía viviendo en la cuesta Romero, frente a la Parroquia.

En fin, esas semanas de Cuaresma las cuento y las vivo por sus cultos, por sus cofradías, por una identificación con ellas y sus gentes. Y no sólo yo sino que también se las hago vivir a los míos. Así, cuando empieza un triduo o un quinario les pregunto a mis hijos: “¿Niños, hoy qué empieza?”; “¿Niños, hoy qué es?”. Ellos ya se saben de un año y otro cada una de esas fechas y me responden: “Hoy empieza el triduo de la Amargura” o “el de las Angustias”. Y a continuación añaden: “Ya nos queda menos”.

Con estas pequeñas cosas y estos recuerdos nos vamos ambientando. Incluso, mis suegros nos llaman por teléfono desde su casa de la calle Aguilar para que los Sábados de Romanos oigamos los pasodobles y las marchas desde la lejanía. Y ya podéis imaginar como se nos pone el cuerpo. Ni más ni menos como si respirásemos el aire que es el auténticamente nuestro, como si por unos momentos respirásemos el aire de Puente Genil.

Todo este sentir se hace desatino cuando llega el Quinario del Señor de la Humildad. Ya es como si fuera Semana Santa. ¡Que poco queda!. Ya es cosa de pocos días, de días contados, aunque parece que éstos no corren como quisiéramos. Pero sobre todo esa semana es de una vivencia intensa, evocando especialmente el año de 1989 cuando fui hermano mayor del Señor. ¡Cuánto disfruté entonces!. Qué imborrables recuerdos de los cultos, que tan bien me predicó don José Joaquín, de la Función, de la Comunión y del desayuno del domingo de Pan y Peces, de las comidas en el Cuartel del Cirio o en el de los Romanos. Y, sobretudo, la hermandad de una serie de cofrades humildes que contribuyeron a que fuera más maravillosa la vivencia: el querido Antonio Pérez, sin cuya ayuda amorosa no hubiera podido cumplir con mi papel de hermano mayor; Francis el de la Lonja, que me preparó aquellas cenas tan bien servidas para los cabildos de la cofradía; José Hernández, Federico Muñoz, Ernesto Herrerías y tantos y tantos..., cuyo recuerdo agradecido y amistoso no se borra de mi memoria.

Y pasando el Señor de la Humildad, Jesús Nazareno. Y ya no sé si vivo en Murcia o en Puente Genil ni sé cómo acierto a dar clases esos días. Mi mente prodigiosamente se trasplanta al quinario de Jesús, al especial sonido de las campanas de su iglesia, a los hermosos cantos que se prodigan en los cultos, al propio Jesús que esos días comparte su camarín con la Virgen de los Dolores, componiendo una estampa de tanta devoción y grandeza.

Pero es la semana siguiente, la última de Cuaresma, la que vivo con verdadero desatino. Como diría la santa doctora, Santa Teresa: “Vivo sin vivir en mí”. Ya vivo a caballo entre Murcia y Puente Genil, Y cuando llego a nuestro pueblo, el triduo de la Virgen de la Soledad. Entonces no es vivir de recuerdos, de ilusiones, de imaginaciones. Entonces es estar presente, poder ya saborear hasta lo más mínimo. Es como si se abrieran las puertas del Paraíso y entrara en otro mundo. Es vivir todo el año para ver a la Virgen en su altar lleno de luces y flores, más bonita que nunca; para oír esos cantos, esos cantos propios de la Virgen de la Soledad, que Son verdaderos aires de gloria; para reencontrarme con tantas personas queridas, familiares y amigos, que me permiten redescubrir cuales son mis raíces, mi historia, mis esencias. Es como si volviera a nacer sin más, como si volviera a lo que es mi más auténtica vida.

Colmado de respirar fervores e inciensos, de disfrutar y de vibrar, de saborear y paladear lo más mío en la mañana del Domingo de Ramos, en la función de la Virgen de la Soledad, tras este pórtico glorioso, a vivir, a gozar la Semana Santa. ¡Que días tan maravillosos!.

Quisiéramos que esos días no pasaran, que se detuvieran, que los cuarteles no cerraran sus puertas, que no se acabaran sus comidas de hermandad o que no fuera cosa de un instante la cariñosa “uvita” que te ofrece el hermano de tal o cual corporación. Quisiéramos

que Josué, esos días presente en nuestras calles, obrara de nuevo su prodigio y que parase el sol. En definitiva, quisiéramos que todo el año fuera Semana Santa, que todo el año estuviese repleto de esas comidas y de esas uvitas, que no son signos de gula o de borrachera sino de hermandad, de solidaridad, de la amistad pontana. ¡Cuántas cosas se solucionan en esos días a base de comidas y uvitas!. ¡Cuántas amistades se recomponen!, ¡cuántos errores se arreglan!, ¡cuántos pecados se perdonan!. Si este espíritu de hermandad se mantuviera todo el año, Puente Genil sería la antesala del Paraíso, el camino más directo hacía el mismo, la realización de un mundo ideal soñado y deseado por todos desde lo más profundo del alma. Sencillamente, si todo el año tuviésemos “uvitas”, Puente Genil sería el mejor pueblo del mundo.

Y, sobre todo, quisiéramos que las procesiones salieran a la calle y que no entraran en sus iglesias, que la típica campanita de estas procesiones no callara, que el bueno de Juan tuviera fuerzas suficientes para que esta campanita no parara de emitir su entrañable sonido. A pesar de que todos los años sea prácticamente lo mismo, no nos cansamos de ver a la popular Virgen de la Guía por la Cuesta Baena, subida en volandas al son del alegre pasodoble de Barrabás y aupada por sus hijos de los “Ataos”, y tras ella al Cristo de las Penas y a la Virgen de los Ángeles en esa larga madrugada que prolonga la noche del Sábado de Ramos; a la “Borriquita” y a la Virgen de la Estrella por la Matallana, tan repleta de gente en la tarde del Domingo de Ramos; a la Santa Cena y a la hermosa Virgen del Amor, exquisita en todos sus detalles, mientras dobla la esquina de la calle Santos en el anochecer del majestuoso y multitudinario Lunes Santo; a la Santa Cruz, al Cristo de los Afligidos, al Calvario y a la artística y preciosa Virgen del Consuelo por el Barrio Bajo, formando una procesión llena de grandeza en la noche de Martes Santo. Y cómo nos vamos a cansar de ver el largo cortejo de la tarde del Miércoles Santo en su recorrido por la calle Aguilar, donde resulta sorprendente contemplar esta antigua y tradicional procesión con sus cinco pasos enfilados, primero el Lavatorio con Adán y Eva en el Paraíso, componiendo una de las estampas más castizas de nuestra Semana Santa, y después el Huerto con su Virgen de la Victoria, tan bien procesionada, el Señor de la Humildad, como protagonista y señor de este día, a pesar de su humillación y padecimientos, rebosando amor y resignación en ese rostro sublime de ojos semicerrados, que a tantas personas ha movido a devoción y piedad, como es el caso de alguien que yo me sé muy bien, y por último la Virgen de la Amargura como auténtico broche de oro, como alhaja llena de piedras preciosas con una perla bellísima en su centro, que es su hermoso rostro. Tampoco nos cansamos de ver al Preso con su cara morena y su rica túnica bordada, a la Virgen de la Vera Cruz, a la Columna con su valioso templete del siglo XVIII y a la Virgen de la Esperanza, señora y llena de gracia, en esa tarde única del jueves Santo, tan llena de esplendor y gala, y también de devoción con las tradicionales visitas a los Monumentos. Y cómo nos vamos a cansar de ver a Jesús Nazareno saliendo de su templo con el lucero de la mañana, cuando parece no haber mas escenario que esta plaza empinada, llena de gente a rebosar, y cuando la Diana suena a música celestial, a trompetas divinas, como si los ángeles anunciaran el día grande de Puente Genil, el día en el que Dios mismo sale al encuentro de su pueblo; y con Jesús, el Cristo de la Misericordia, la Virgen de la Cruz con San Juan y también la Virgen de los Dolores, que tan embargada de eso, de dolores, sigue a su querido hijo mientras el sol alumbra el Viernes Santo. Y como nos vamos a cansar de ver la noche que sigue a tan esplendido día, una noche tan especial, que deseáramos que no acabara, pues como dice la típica saeta que en esta procesión cantan los Apóstoles y que hasta los ángeles repiten:

“Ya esta el infierno cerrado,
abierta la inmensa Gloria,
el pecado perdonado
y consumada la victoria,
que el Padre Eterno ha mandado”

Qué bonita es esta noche con el Cristo de la Buena Muerte portado por sus hermanos, con la Virgen de las Angustias, cuyas angustias se quieren compensar convirtiendo su paso en ese auténtico jardín de las más vistosas y especiales flores, con el castizo San Juan del Barrio Bajo, que tan simpáticamente es zarandeado delante de la iglesia de la Victoria, en uno de los momentos de mayor emotividad de la procesión, y también con la Virgen de la Soledad, que no es la sola, pues la arropan sus devotos y sus grupos, el Primero, el más antiguo, en cuya fundación intervino mi padre, o el Segundo y el Tercero, más jóvenes, pero no menos fervorosos. ¡Virgen de la Soledad!, qué alegría tan grande es acompañarte.

Y, aunque parezca mentira, después de tanto día, de tanto cansancio y de tantas emociones, aún seguimos con ganas de ver, de apurar ya lo que nos queda, de paladear lo último, de saborear el Sábado Santo con el solemne desfile del Santo Sepulcro y de la Virgen de las Lágrimas y también el Domingo de Pascua con ese triunfante Resucitado que a su paso va cerrando la Semana Santa, tras un recorrido brillante, luminoso y colorista.

Pero no sólo disfrutamos viendo a las imágenes y sus hermosos pasos, cada vez mejor arreglados, también a esas figuras que tan singular y única hacen a nuestra Semana Santa, otorgándole esa originalidad sin igual, haciéndola tan esplendorosa con la riqueza y vistosidad de sus ropajes y enseres. La Biblia entera sale de sus páginas para adueñarse de las calles de Puente Genil, de manera que la Biblia se hace Puente Genil y éste se convierte en todo un compendio de Historia Sagrada, en el libro mejor ilustrado de la misma. Qué solemne resulta su desfile en las procesiones, aunque sobre todo quiero destacar la emotividad de algunos momentos o episodios protagonizados por dichas figuras y que, sencillamente, contribuyen a hacer más nuestra la Semana Santa. A quién no deja de llamar la atención el paso de Longino y su lazarillo, o los Jetones con sus vergajos propinando cariñosos latigazos al niño, a la mocita o a quien sea, o el San Pedro de los Ataos con su particular gallo, o los Apóstoles en su compostura y grandeza, lo mismo que el Templo, o los Profetas con sus especiales martirios, o la Judea con su vistoso cortejo de autoridades, o cualquiera de las demás figuras, incluidas las que se tambalean durante el recorrido por la maravillosa virtud del dorado líquido de la tierra.

Y los Romanos. Ver el desfile de sus escuadras multicolores y oír la música de su banda. Ciertamente, no nos cansamos de ver ni de oír a los Romanos desde que salen a la calle la tarde del Jueves Santo, que ellos con sus alegres pasodobles contribuyen a hacer más especial y maravillosa. Quién se pierde su salida y su primera entrada por la calle Ancha o por la de la Plaza, calles que se ponen hasta los topes, como en ningún otro momento del año, recobrando en ese instante lo que antaño fuera su esplendor. Pero, sobre todo, los Romanos hacen que la vida pontana sea distinta durante unos días, desde ese Jueves Santo hasta el Domingo de Resurrección, distinta de lo que es normal en ella y distinta de lo que se puede vivir en cualquier otro sitio. Más que nunca es entonces Puente Genil el auténtico Puente Genil, el pueblo que alcanza su plenitud, el pueblo que saca a la calle lo mejor que de sí tiene.

Como dice el refrán popular, “algo tiene el agua cuando la bendicen”, lo que aplicado a nuestro caso sería: “algo tiene la Semana Santa de nuestro pueblo cuando es tan especial para nosotros, cuando nos hace vibrar a todos”.

Días de fiesta, días de vacaciones. No. Y un “no” muy grande. Hay otras fiestas en Puente Genil y no nos hacen sentir tanto, no nos hacen vibrar de manera semejante. Incluso hay gente que en esas otras fiestas se van fuera del pueblo, aprovechando esos días para sus vacaciones en playas u otros lugares. En Semana Santa no sólo se queda todo el mundo sino que viene todo el que puede. Se multiplica el pueblo. Las casas reciben a los ausentes y vuelven a ser como en los viejos tiempos. Regresan los hijos al hogar paterno con sus respectivas familias y por todos lados en las casas se ven camas durante esos días.

¿Qué es eso que nos hace vibrar de forma tan especial?, ¿qué es eso que reclama y atrae a tanta gente?. Podría decirse de entrada que son las más genuinas y auténticas tradiciones, las esencias de Puente Genil, lo que más nos identifica con él, lo que es más nuestro. Todo esto es cierto. Y cómo negarlo u olvidarlo. Pero creo que hay una razón más profunda, que es la que verdaderamente lo justifica todo, la que le da verdadero sentido a la Semana Santa y a su tradición. Ni más ni menos esa razón profunda, la causa que hace sublime, trascendente y vivificante nuestra experiencia de Semana Santa, es Dios. Un Dios que esos días se hace más presente, más palpable, más nuestro, en definitiva. Un Dios que cada cual experimenta y siente a su manera, incluso de formas muy distintas, pero que acaba emborrachando, llenando, colmando a todos y cada uno de los hijos de Puente Genil. Y El solamente, Tu lo sabes bien Virgen de la Soledad, es el que acaba por otorgarnos ese estado de bienestar, de felicidad, de hermandad, de solidaridad, de todo lo bueno que disfrutamos y que hace tan especial la celebración de nuestra Semana Santa. El es, en última instancia, el que nos hace vibrar.

Dios durante todo el año está presente en Puente Genil y tiene establecida su residencia favorita en la iglesia de Jesús. Allí, en su altar mayor, en su camarín, pasa el año esperando que unos y otros suban a verlo, que suban a contarle sus cosas, bien sus alegrías bien sus penas, que suban a pedirle, a solicitar de Él su amoroso patrocinio.

Pero en los días de Semana Santa parece que Dios no se contenta con quedarse en su casa, esperando sin más que el pueblo acuda a Él. Entonces es Él el que quiere ir en busca de sus hijos. Él es el que quiere visitarlos. Él es el que quiere acercarse a los problemas, a los anhelos y a las ilusiones de todos los habitantes de Puente Genil. Entonces deja su trono sagrado y sale a las calles, recorriendo una y otra, mostrándose a sus hijos, mirándolos con esos ojos especiales que sólo tiene Jesús Nazareno. Unos ojos que nos miran compasivos, unos ojos que nos comprenden, que nos animan, que nos dan esperanza. Unos ojos que miran de forma particular a cada uno de los pontanenses, otorgándoles vida, luz, energía. Nunca desinterés ni desprecio. Siempre amor y perdón. Siempre a nuestro favor. Siempre de parte nuestra.

“Ante esto ¿qué diremos?. Si Dios está por nosotros
¿quien contra nosotros?
Él que no perdonó ni a su propio Hijo,
antes bien lo entregó por todos nosotros,
¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?
¿Quien acusará a los elegidos de Dios?

Dios es quien justifica. ¿Quién condenará?
¿Acaso Cristo Jesús, el que murió;
más aún el que resucitó, el que está a la diestra de Dios,
y que intercede por nosotros?”

Y este Dios quiere recorrer su pueblo dándose por completo, identificándose con él de forma total. Por eso se nos presenta como Dios glorioso, investido de majestad, con ricos ropajes y cruz de plata, con una realeza que muy bien ha sabido ver el culto sacerdote y amigo nuestro don José Luque Requerey. Pero, sobre todo, se nos presenta como Humildad y Paciencia, como Preso, pasando angustias, sufriendo como nosotros. Este es Jesús Nazareno, Dios que, siendo el Altísimo, se hace también hombre, para así estar más cerca de nosotros, para que esas angustias y penalidades nuestras sean las suyas:

“¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba
y nuestros dolores los que soportaba!
Nosotros le tuvimos por azotado,
herido de Dios y humillado.
Él ha sido herido por nuestras rebeldías,
molido por nuestras culpas.
Él soportó el castigo que nos trae la paz,
y con sus cardenales hemos sido curados”

¡Cuánto os debemos a vosotros, los bastoneros de Jesús!. Con vuestro sacrificio, con vuestra generosidad, con vuestra devoción hacéis posible que Dios, que Jesús Nazareno, representado tan sublimemente en la bendita imagen de nuestro Terrible, salga al encuentro de su pueblo para realizar su obra de salvación, de misericordia y de redención. Sois igual que sacerdotes, portando lo más santo. Por eso os digo, llevadlo con la mayor veneración, con el mayor júbilo, con la mayor ilusión. Alzadlo, mostradlo, hacedlo visible a todos. Levantadlo lo más alto posible, levantadlo hasta el cielo, pues lleváis al Maravilloso, al Dios Todopoderoso, al Hijo del Eterno Padre, al Príncipe de la Paz; a nuestro Terrible, sin más.

¡Oh bastoneros de Jesús!, qué suerte tan grande la vuestra. Sois los más afortunados hijos de Puente Genil. Vuestros cuerpos sirven de trono al Rey de Reyes. Con ellos lleváis la más preciosa carga que se pueda portar, una carga ligera y suave. Más aún, sois como el propio Jesús, pues con vuestros hombros lleváis el peso del varal, de un madero; sois como una imitación de El, incluso adoptáis su misma postura. Os digo esto con verdadera envidia y os pido que, aunque sólo sea por un minuto, me dejéis ser uno de vosotros, que durante ese minuto me otorguéis la gracia de llevar a Jesús, a lo mejor de Puente Genil; de parecerme algo a Él.

Pero no es sólo Dios el que quiere salir al encuentro de su pueblo. También quiere hacerlo su Madre, para así darnos a entender que es asimismo nuestra madre. Quiere hacernos saber que Ella es nuestra guía. Reina de los Ángeles, pero igualmente reina nuestra. Una estrella que ilumina nuestro camino en la oscuridad de la vida. Una madre de amor, una madre de consuelo, una madre que nos garantiza la victoria, aun en los peores momentos, pues Ella sabe lo que es la amargura, lo que es estar a la vera de la cruz. Es nuestra esperanza, incluso cuando suframos los mayores dolores, la cruz de la vida, las angustias y la soledad o nos salten las lágrimas.

¡Alzad los dinteles, oh puertas, alzaos más, puertas eternas!
para que salga de su iglesia esta madre de amor,
la más grande en gracia y hermosura.
Abrid de par en par vuestras hojas para que su palio no roce
y pase sin dificultad su largo manto protector.
¡Oh calles de Puente Genil!, alfombraos de rosas,
de funda y romero y de todas las plantas y flores aromáticas,
pues por vosotras pasa una reina perfumada de todas las virtudes.
¡Oh calles de Puente Genil!, engalanaos,
pues os recorre una estrella única y maravillosa,
cuya cara resplandece más que el sol.
Madre eres escogida y predilecta
y la Creación entera te aclama.
Te rinde tributo la luna, que se hace plata para adornar tu paso.
Te rinde tributo el sol, que se hace oro para brillar en tu corona.
Te rinden tributo las estrellas, que se reúnen en torno a ti para
adorarte mejor.

Por eso te digo, Puente Genil, que no escatimes nada, nada en absoluto, en obsequiar a esa bendita Madre, en honrarla, en demostrarle que la queremos como se merece. Por eso, vivamos como hijos de la Virgen, o sea como hermanos, pues éste es el mejor regalo que le podemos hacer a tan sublime Madre. Pero también, competir en llenar de flores y velas los pasos en los que su imagen se procesiona, competir también en las preciosas ropas que deben servirle de vestido, pues no hay rica tela ni artísticos bordados que sean suficientes para su hermosura. Y, no digamos, competir en llevarla de la mejor forma y más esforzada para vosotros, sus costaleros y bastoneros. Ella merece salir a hombros, ser mecida, ser bailada, ser elevada hasta el cielo, como dice Jerónimo Guillén cuando manda levantar a su Virgen de la Victoria. Así, pues, haced costaleros y bastoneros que sus palios se muevan con gracia, que sus bambalinas choquen contra los varales de plata repujada, produciendo ese agradable sonido que casi parece una oración. ¡Oh costaleros y bastoneros de la Virgen!, qué suerte tenéis. Y para mí especialmente vosotros, los bastoneros de la Virgen de la Soledad, ya que lleváis al Trono de la Gracia, a María Santísima, a la más hermosa de las criaturas. Como dice esa preciosa saeta dedicada a Ella, que incluso los ángeles cantan:

“Eres Virgen más bonita
que la nieve en el barranco,
que la rosa en el rosal,
que el lirio blanco en el campo,
Virgen de la Soledad”

Virgen de la Soledad, ¿quién fue el artista que te hizo?. ¿Quién fue ese José Ruiz Rey, que según los viejos documentos de tu hermandad te talló en 1760?. ¿Sería un ángel?, ¿sería un santo?, pues parece que un hombre normal y corriente no tiene la habilidad suficiente para plasmar tanta belleza, tanta belleza celestial. De lo que si estoy seguro es de que Dios guió sus manos, de que Él mismo le inspiró tu sublime hermosura, tu pureza, tu inocencia, tu gracia. Viéndote a Ti, Virgen de la Soledad, hay que darle la razón a Miguel Ángel, el famoso artista del Renacimiento, para quien el arte era un don divino, una especie de gracia que Dios regalaba al artista y bajo cuyo influjo actuaba éste creando la obra de arte.

Recordaréis que os dije al principio que no quería estar aquí como historiador del Arte, pero, como podéis comprobar, parece que me resulta difícil dejar de serlo. Y la verdad es que no debo renunciar a ello ni siquiera en esta ocasión, en esta glosa y pregón de Semana Santa. De la Semana Santa también tiene que decir y mucho, el historiador y el estudioso del Arte.

Nuestra Semana Santa por todas sus peculiaridades y su originalidad es rica en muchos aspectos. Por supuesto, es rica, riquísima, en aspectos religiosos, tal como se ha dicho. También es rica en aspectos festivos, tradicionales o culturales y gracias a ellos se distingue de cualquier otra Semana Santa andaluza, sencillamente se hace única. Y todos estos valores han sido los que tradicionalmente se han resaltado, los que se han considerado los más importantes.

Ahora bien, no todo en nuestra Semana Santa son cultos y funciones religiosas, procesiones y desfiles de figuras, músicas y saetas, cofradías y corporaciones, cuarteles y comidas, buena gastronomía y mejor vino, hermandad y cariño. Nuestra Semana Santa es más que la fiesta grande y tradicional. En ella hay otros aspectos que también deben resaltarse. Me refiero, lógicamente, a los valores artísticos. Precisamente, pretendo que este pregón, el pregón de un historiador del Arte, sea como una exaltación de los mismos, como un canto a lo que hay de arte en nuestra Semana Santa, un arte que contribuye decididamente a su riqueza y esplendor, un arte que es tan importante que sin él no sería posible la Semana Santa. En fin, quiero que el arte tenga su protagonismo en la Semana Santa de Puente Genil, incluso como aspecto fundamental y esencial de ella.

Las benditas imágenes, alma de la Semana Santa, como signos de la presencia de Dios, son además de ello obras de arte, más aún valiosas obras de arte, hasta de notoria antigüedad. Es el caso de Jesús Nazareno, una imagen que puede figurar entre las mejores de su época en Andalucía (y os lo dice un historiador del Arte), el del Cristo Yacente del Santo Sepulcro o el del Señor Resucitado, imágenes que datan de la primera mitad del siglo XVII. En los finales de esa misma centuria puede fecharse el Señor de la Humildad, una de las obras más logradas de la imaginería sevillana de esos años postreros del Seiscientos. Y la Virgen de la Soledad, que como ya sabemos, se hizo en 1760 por ese José Ruiz Rey, un hijo de Puente Genil, demostrándonos que nuestro pueblo tuvo la dicha de ser cuna de un artista tan excelente como éste, capaz de lograr maravilla tan grande.

Ni más ni menos estas imágenes logran convertir nuestras procesiones en un museo en la calle y, por tanto, reclaman el reconocimiento de un valor histórico y artístico. Reclaman, ciertamente, la admiración de la obra bien hecha, en la que un imaginero dio lo mejor de sí, en la que se esforzó por alcanzar de la mejor forma posible la apariencia divina.

Pero el arte de nuestra Semana Santa no se reduce a estas valiosas imágenes, pues junto a ellas deben considerarse también otras manifestaciones artísticas. Y muy especialmente quiero insistir en la rica serie de obras de platería que engalanan a las propias imágenes o sirven de complementos en sus pasos o en los estandartes de sus cofradías. Incluso son valiosas obras antiguas, sobre todo la bella cruz de plata repujada de Jesús Nazareno, verdadera joya del siglo XVII, de la que puede decirse sin reparos que es una de las más importantes creaciones de la platería cordobesa de su época. Asimismo tenemos la fortuna de conservar unas interesantísimas placas de estandarte, particularmente varias del

siglo XVIII, como las del Señor de la Humildad, el Huerto o la Virgen de los Dolores, las cuales son obras que honrarían cualquier museo. Por eso, fijaos en esos pequeños detalles, valoradlos y dadle su mérito, ya que todos ellos hacen que nuestras procesiones sean más lúcidas y que tengan una importancia artística mayor de lo que normalmente se ha pensado.

También tiene la Semana Santa su propia arquitectura: las iglesias donde se veneran a las benditas imágenes, escenario especialísimo de la Semana Santa, donde se viven intensas experiencias durante los cultos cuaresmales y sobre todo en las salidas y encierros de las procesiones. Pero, obviamente, ahora quiero resaltar sus aspectos históricos y más teniendo en cuenta que algunas de nuestras iglesias de la Pasión se remontan al siglo XVI, caso del Dulce Nombre, cuyos muros son de los más antiguos que se conservan en pie en Puente Genil.

Este templo y otros, como la Vera Cruz, nos están señalando algo importantísimo, que la Semana Santa está enraizada en nuestro pueblo desde antiguo. Sin más, se remonta al siglo XVI, como también confirma el bello cuadro de los disciplinantes de esa iglesia de la Vera Cruz, que puede fecharse en la segunda mitad de ese mismo siglo XVI.

El origen de Puente Genil resulta confuso en los siglos bajo medievales, posteriores a la Reconquista. Hay que esperar al siglo XVI para que el viejo Pontón de Don Gonzalo se presente como un auténtico pueblo, quedando entonces configurado como un núcleo ya con entidad, extendiéndose y sobrepasando lo que fue un primer núcleo fundacional en torno a la parroquia de la Purificación y el puente. Pues bien, en este Puente Genil que realmente se está desarrollando en el siglo XVI, al tiempo que comienza su verdadera andadura histórica, surge la Semana Santa.

Y, precisamente, un signo de la madurez que Puente Genil va alcanzando como pueblo en el siglo XVI es que entonces comienza a incorporar su Semana Santa. Por tanto, podemos decir que Puente Genil y su Semana Santa van juntos, caminando al mismo tiempo, desarrollándose y compenetrándose uno con otra. Y esas viejas iglesias de Pasión así lo confirman.

El arte, de acuerdo con lo dicho, ayuda a comprender mejor nuestra Semana Santa, pues sencillamente su papel ha sido fundamental en ella, contribuyendo a que sea lo que es. Y en mi calidad de historiador del Arte no me queda más remedio que ponerlo de relieve, aunque hay que reconocer que lo que verdaderamente da sentido a la Semana Santa de Puente Genil son unos sentimientos y unas vivencias y que incluso el arte está al servicio de ellos.

Por eso, yo he querido que este pregón, de un historiador del Arte y también de un semanero, sea un canto de ambas cosas, de arte y sentimiento, una exaltación de los valores artísticos de la Semana Santa y al mismo tiempo la manifestación de unos recuerdos personales, de unas vivencias, de unas ilusiones, de unos sentimientos que están por encima de todo, especialmente cuando uno se siente pontanés y más en estos días, los mejores del año. Así, este pregón debe tener el título de “Sentimiento y Arte en la Semana Santa de Puente Genil”. Y desde esta doble perspectiva quiero que sea recordado, si es digno de ello.

Mi ya larga experiencia como profesor me ha enseñado una cosa importante, que una clase no debe durar más de 50 o 60 minutos, pues de lo contrario el alumno acaba cansándose, incluso aburriéndose. Por tanto, creo que es hora de dejar de abusar de vuestra paciencia. Muchas gracias a todos por acompañarme.